

Renacimiento recupera **Las cien mejores poesías líricas**, clásico de principios del XX que puede servir como termómetro del gusto de la época pero que pondrá a prueba al lector actual

Menéndez Pelayo: las cuestionables trompeterías poéticas del pasado

por **JUAN BONILLA**

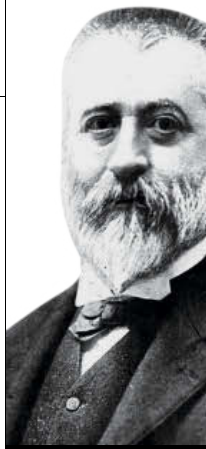
Durante años fue el libro de versos más vendido en España. Sólo el pie de imprenta impresionaba: un ejemplo de globalización. Un editor de Madrid y a la par, otro de Lisboa, otro de París, otro de Bruselas, uno de Filadelfia y otro de Londres & Glasgow. La primera edición es de 1908, pero las reimpressiones se sucedieron sin parar. Era un librito de bolsillo con una dama tocando la lira ornada de rosas rojas en la cubierta. El título quería condensar siglos de poesía en una frase rotunda: *Las cien mejores poesías (líricas) de la lengua castellana*.

Seguramente lo que lo convirtió en superventas era el seleccionador: Marcelino Menéndez Pelayo. En su prólogo, perezoso y meramente informativo, reconoce que quizá el gusto particular atente contra la rotundidad del título. Y ciertamente, si resulta difícil discutirle la grandeza al erudito y polígrafo y gran prosista que fue Menéndez Pelayo, sus destrezas como seleccionador quedan muy en entredicho al pasear la curiosidad por las composiciones que escogió.

Abundan en el volumen las composiciones largas y fatigosas como demostración de que para él la verbosidad y la bonitura eran virtudes a las que no debía renunciar la gran poesía. De ahí que, aunque falten sonetos memorables de Bocángel, por poner un

ejemplo, o no estén los mejores de Lope ni de Quevedo, no le tiembla el pulso en destinar un montón de páginas a una epístola gan-grenada de pomposidad y firmada por el hoy olvidado Eulogio Florentino Sanz o una fragmentada y muy cursi composición sobre la Nochebuena del también olvidado Vicente Querol. Y resulta difícil acogerse al ardid de la ignorancia porque si algo sabemos de Menéndez Pelayo –cuyas palinodias tanto hicieron reír a Dámaso Alonso– es que lo había leído todo: no había poeta por escondido que estuviese cuyas composiciones se le escaparan y para todos ellos tuvo tiempo y juicio (a menudo muy severo).

La recuperación de *Las cien mejores poesías* de Menéndez Pelayo puede servir como termómetro del gusto que se impuso en los primeros acordes del siglo pasado, cuando ya había desembarcado el modernismo en España y estaba a punto de estallar el movimiento vanguardista. Pero para un lector de poesía cuyo interés se centre más en la poesía, el libro resultará, como poco, decepcionante. Por supuesto a Menéndez y Pelayo no se le escapan piezas irrenunciables como las *Coplas* de Manrique, la *Egloga primera* de Garcilaso, las *Canciones* de San Juan o el *Canto a Teresa* de Espronceda. Pero no deja de avergonzar un poco ver que se le destinen dos o tres páginas a Bécquer mientras el men-



MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO
LAS CIEN MEJORES POESÍAS LÍRICAS DE LA LENGUA CASTELLANA
Renacimiento.
424 pp. 24,90 €

UN PROYECTO INTERRUPTIDO
“Nada lamento más que la interrupción de la ‘Antología de poetas líricos’, que debía llegar hasta la época del autor, pero este no pudo ir más allá de Boscán. El siguiente iba a ser Garcilaso. Quedó así detenido en los umbrales de nuestro Siglo de Oro”. Esto dijo Dámaso Alonso sobre una de las magnas obras de Menéndez Pelayo –en la que figuran semblanzas del Arcipreste de Hita, Enrique de Villena o Jorge Manrique– que comenzó en 1890 y hubo de abandonar en 1908, cuatro años antes de su muerte

tado Querol o los insufribles Barrant y Núñez de Arce multipliquen su presencia con sus tambores.

Ya decimos que es 1908, es decir, ya habían Antonio y Manuel Machado y Juan Ramón Jiménez empezado a decir lo que vinieron a decir: quizá el polígrafo no estaba atento a la nueva poesía de su tiempo. Hay que disculparlo por ahí, aunque tiene difícil disculpa su desdén por América, dado que la poesía que antologa no es la española, sino la de la lengua castellana: que no se haga eco del milagro Rubén Darío, tiene menos perdón que la veintena de páginas que se lleva una *Elegía* de Juan Nicasio Gallego, de quien no se acuerdan hoy ni sus herederos.

Quizá lo mejor del libro, además de que es precioso como objeto, es el hecho de que inspiró al prologuista de esta reedición, Luis Alberto de Cuenca, un volumen de título casi idéntico, con su propia selección. Comparar ambos volúmenes puede ser un grato ejercicio para ver cómo cambia con el tiempo el gusto poético, qué es lo inamovible de una tradición y qué es lo que está sujeto a segura caducidad. Parece bastante evidente que la retórica exaltada, los vapores y efulgos de lírica pomposa, soportan peor el paso de los años que lo aparentemente menos ambicioso.

La música callada le gana a la trompetería porque sigue siendo gustoso escucharla tanto tiempo después de escrita, cuando las exaltaciones y los golpes de pecho hace mucho ya que dejaron de hacer ruido y revisitados hoy no pueden sino consternarnos imaginando qué tipo de sociedad podía tener a esas composiciones como grandes cotas de la poesía. Pero como la posteridad es un enigma, quién sabe si en el futuro la pomposidad volverá a ponerse de moda –como lo está hoy la cursilería– y lo que hoy nos parece desfasado por verboso y hueco alcanza nuevos lectores en un tiempo futuro donde vuelva a confundirse la poesía con la palabrería (dado que la palabrería, por lo que parece, amenaza con resurgir de sus cenizas). **L**